

ROCAMORA

Autor: ALEJO CARBONELL

cuando hela sobre barro, llueve

Vaca Bevacqua

El cementerio es la tranquera
y ahora que lo dejamos atrás
vemos como se despereza
lo que queda dentro de la comarca

–la ventanilla empapada
la cortina bordó
como nosotros
más oscura por dentro–

la calle ancha anaranjada
por el sol tocando la fronda todavía.

En la terminal no hay remises
y lo sabía antes
de abandonar el estribo

ahora que vivo en una ciudad
que la lluvia no cubre completamente
puedo jactarme
de conocer estas verdades inservibles

rocamora
una palabra compuesta
que a mitad de recorrido se hace peatonal

derecho nomás
hasta ver el puerto
en un rato abren los negocios.

Una mujer sacude palmeras
y recoge el yatay que se desprende
tiene una pollera larga de jean
y ojos europeos
que escrutan con vergüenza
los perros marrones que la acompañan
y un hijo
probarán de ese dulce

a la derecha el banco:

no parece

pero siempre estuvo ahí.

Los ochenta transcurrieron en tres bares

lo morend y lo filipini

sobre rocamora

y el bandera verde

que no necesitaba dirección

en este boliche se comía de parado

al lado de la parrilla

el camboyano recibió una mano

que le llenó de lechuga la oreja

y se suspendió la pelea

el bocha le sacaba las tiras verdes con un trapo:

“perdoná loco, tenía tanto hambre que no solté el sanguche”

al lado está el pelotero

pero antes en ese terreno

había canchas de paddle

y antes

vivió lópez jordán.

En urquiza y rocamora

–veníamos por rocamora, pero

se nombra primero a urquiza

no por chauvinismo, sino por elegancia–

de impecable blanco frigorífico

ríos lee el diario

con sus gruesos lentes

y sus gruesos bigotes

a mitad de cuadra

pintaron un mural

con la cara del chilo zaragoza

y es justo exigirles

que a partir de ahora

esta historia fragmentada

que baja una línea

cada cuatro o cinco palabras

sea leída

con ese fondo de pantalla

pudiendo omitir

si lo desean
el nombre del diario
que está hojeando nuestro héroe.

Cruza una señora
aferrada a un paquete
a los siete años estuvo toda una tarde
subida a un árbol del chaco
con un jabalí paciente debajo
nerviosa a los nueve
en la estación de trenes de santa fe
esperaba a su tía con un tapado rosa
para que la reconociera
a los diez se subía a un banquito
en la heladería
para llegar hasta los tachos
y lavarlos
a los veinticinco con un palo
enfrentó a los tacuara
en la calle y golpeó a un hombre
el hombre era su padre.
Ella es mi madre.

Mi madre es un libro
mi padre es un libro
juntos son un almuerzo
o las vacaciones en tanti.

Pasa una bicicleta
rumbo a los barrios del balneario
la cámara seguirá su recorrido
primero con un plano de las ojotas celestes

–muy pocos logran
un movimiento circular
perfecto al pedalear
sin producir un accidente, leve,
cuando el tobillo
arriba
se esfuerza–

y el dobladillo del jogging
el ruido no viene de la cadena
sino de una tira de plástico

que toca los rayos:

un cencerro de mi ju

acompañando al baqueano.

Luego, en una toma en movimiento hacia atrás

los cabellos teñidos

la bolsa de los mandados

con la cuchara nueva

para que el albañil de la casa

termine la pieza

donde irá el piano

hace cien años que la familia canta

antes

frotando la mugre contra las piedras del río

ahora el albañil canta y canta

la peluquera

y la casa se modifica

todos los días.

En la esquina de la plaza

hay un pingüino despintado de lata

invitando a tomar helados

y sólo la sorpresa

lo hace atractivo.

Otra vez

urquiza y rocamora

ríos ya se fue al mercado

queda la serpiente roja

alcanzada a medias por el sol

—paraavalanchas guardaganado—

sin bicicletas todavía.

No voy rápido:

las cuadras tienen setenta metros.

El umbandismo es barrial

y gusta del agua

por eso

en donde estaban los cines

hay salones

pero no iglesias.

Empiezo ahora

porque falta poco

Los panaderos anarquistas

se reunían en el despertar obrero:

hubo huesos dentro de ese horno.

También hubo biblioteca

villafañe donó libros

que calveyra leyó

con la luz de la mañana.

El obrero no despertó.

Los libros fueron donados

a una escuela

y quemados en los noventa

porque ocupaban lugar.

Acá

acá estaba el despertar obrero

en el horno encontraron huesos humanos

pero las cenizas de los libros

estaban en la normal.

Vamos hacia el este
aún queda una pequeña loma para ver el río
un horizonte al alcance de la mano

en este salón el vino
se tomaba
con una soda de burbujas gruesas
los viejos del asilo cagaban alegremente
al gurí del kiosco con el vuelto
y una vez le hicieron comer el papel
con la quiniela clandestina
al grito de policía.

Ni bar ni viejos
ni bochas
ni asilo ni quiniela
apenas el empleado del kiosco
los domingos da vueltas a la plaza
el asiento de atrás lleno de hijos
su mujer era preciosa
digo era
todavía vive.

En los porros adolescentes
creíamos ver un anillo de saturno entrerriano:
el horizonte cerca
y un poco más arriba
una manga de metal gris
por donde el granero
despachaba al mundo
pero eran noches
en que caminábamos sobre el vapor del frío
discutiendo ideas
“un hombre es una idea”
decía huguito
y el camboyano como una sentencia
completaba
“y también una bala”.

De Rocamora (Recovecos, 2008)